

# ESCRIBIR

(Una antología)

*Henry David Thoreau*

«Por lo general, no recordamos que, al fin y al cabo, siempre es la primera persona la que habla. No hablaría tanto de mí mismo si hubiera otra persona a quien conociera tan bien. Por desgracia, estoy limitado a este asunto por la pobreza de mi experiencia. Además, por mi parte, exijo de todo escritor, antes o después, un relato sencillo y sincero de su propia vida, y no sólo lo que ha oído de las vidas de otros hombres; un relato como el que enviaría a sus parientes desde una tierra lejana, porque si ha vivido sinceramente, tiene que haber sido en una tierra lejana para mí». H. D. Thoreau.

El *Diario* de Thoreau era la materia prima de la que extraería sus textos acabados, pero es probable que a su autor le satisficiera especialmente esa huella reciente, o arte en bruto, de la que hemos extraído en su mayor parte, como si fueran gemas, los fragmentos que componen la antología de *Escribir*. Éstos son, literal y figuradamente, los reflejos de un esfuerzo permanente por registrar los «momentos sinceros» de su vida y su pensamiento, y forman, por así decirlo, un yacimiento de lo más precioso de cuanto Thoreau quiso decir: algo capaz de despertar en el lector la conciencia de lo que significa ser una criatura adyacente a la naturaleza y la lengua.

# INTRODUCCIÓN

Una revisión de la mitología

Allí trabajábamos, revisando la mitología, dándole vueltas a una fábula y construyendo castillos en el aire para los que la tierra no ofrecía un fundamento digno.

#### WALDEN

«Pobre de aquel que se olvide de Thoreau», dice uno de los personajes de Paul Auster en su novela *Brooklyn Follies*. El consejo es de especial utilidad para los que escriben, pues Henry David Thoreau tuvo muchos trabajos, pero fue ante todo un escritor. En una carta al bibliotecario de la Universidad de Harvard fechada el 17 de septiembre de 1849 confesó que había «elegido las letras como profesión», y que los libros eran sus «herramientas y materiales de trabajo». Como reconocía no tener medios para adquirirlos, Thoreau se consideraba la clase de persona para quien se habían creado especialmente las bibliotecas.

Maestro del ensayo y de la historia natural, de la autobiografía y de la narrativa de viajes, Thoreau aprendió el arte de escribir mediante un permanente diálogo consigo mismo en las páginas de su diario, que comenzó a instancias de su amigo Ralph Waldo Emerson. Nuestra antología reúne más de doscientos fragmentos extraídos de ese diario y de las obras que el diario engendró, desde que Thoreau salió de la Universidad de Harvard en 1837 hasta su muerte, en 1862, incluyendo la correspondencia y algunos proyectos que permanecieron inéditos hasta hace bien poco. En ellos, Thoreau reflexiona sobre la vocación y el oficio literarios, sobre sus temas y sus circunstancias, desde lo

más idealista a lo más práctico, mostrando la poética esencial de un escritor en continua búsqueda de «la libertad y la vigilia» de su genio.

En uno de estos pasajes podemos leer que una palabra es más sabia que una serie de ellas. Algunas de las palabras que Thoreau empleó con mayor frecuencia o que escogió deliberadamente constituyen casi una pauta de lectura de todas las demás: *scholar*, por ejemplo (que puede traducirse por «escolar», «escritor», «erudito», «hombre o mujer de letras»), o *mythology*. Es casi seguro que a Thoreau no le habría entusiasmado la labor de sus editores; algo de su «pensamiento salvaje» se habría resistido a los estudios preliminares, las notas a pie de página y las antologías, y algo de la potencia de esa escritura podría asociarse, de hecho, a la imagen de un animal enjaulado, si no fuera porque la jaula, como el propio filósofo y *scholar* de la naturaleza habría objetado, sería una metáfora menos apropiada que el arado como «un instrumento en su mano». El lector de Thoreau no va de caza, sino que debe estar dispuesto a cosechar las semillas que estas páginas contienen. El *American Scholar*, había dicho Emerson —y el joven Thoreau había tenido oídos para oírlo—, no debía convertirse en un mero «restaurador de lecturas». Su función, más bien, debía consistir en lo que Thoreau llamó «revisar la mitología», y toda su concepción y el ejercicio de su escritura se orientan hacia esa labor, a menudo incomprensible y trascendentalista, de emancipar al lenguaje y a los lectores.

Thoreau exploraba con libertad los límites de su diario, y lo hacía, como resulta obvio, por medio de la escritura, que se ha convertido así en el registro de su vida y su pensamiento. Los dos términos debían ser convergentes, y la máxima aspiración del escritor habría sido lograr una traducción de los días de su vida en las páginas manuscritas; pero una aspiración no era un método, de manera que la lucha debía comenzar de nuevo con cada entrada. Thoreau quería anticiparse a la naturaleza y no dejaba de admitir

que somos seres «tardíos», desanimados «si no fuera por la facultad de la imaginación». Aunque no todas las anotaciones manifiestan esa lucha, contradicción o tensión de su escritura, resulta evidente para el lector que el autor de *Walden*, en sus momentos más ilustrativos o elocuentes (ya que, según afirma, hay «dos clases de escritura»), intentaba llevar a la práctica, con su arte de escribir, lo que Alexander Nehamas ha denominado felizmente «el arte de vivir». (Tal vez un capítulo pendiente de ese estudio, que examina los reflejos y reflexiones socráticas en las tradiciones ya existentes de la filosofía, pudiera derivarse de la lectura de las obras de Thoreau o incluso del compendio de pensamientos que aquí presentamos. Stanley Cavell sería, con esa perspectiva, quien ha considerado con mayor detalle, a la vista de la obra de Emerson y de Thoreau, lo que ha significado ser un filósofo o «heredar la filosofía» en América).

Como lector y escritor, como *scholar*, Thoreau favorecía ese género que los americanos llaman *creative nonfiction*: historias que cuentan los hechos reales sin renunciar por ello a los recursos de la ficción. Para él, la única obligación del escritor era decir la verdad, aunque para expresarla a veces tuviera que exagerar un poco. No siempre tuvo éxito como conferenciante y hubo de pagarse los costes de su primer libro, pero el segundo, publicado en 1854, no ha dejado de reimprimirse desde entonces. Tras numerosas revisiones, Thoreau convirtió la laguna de Walden en un «auténtico relato de lo real», «poesía de la más preciada especie». Su consejo para escritores se resume en la conclusión de *Walden*: «Si has construido castillos en el aire, tu obra no tiene por qué perderse: están donde deben estar. Ahora hay que poner los cimientos debajo».

Thoreau escribió a propósito de los libros de Carlyle que no basta con leer, ni siquiera en el momento más receptivo de nuestras vidas. Hay que escribir. Harold Bloom cree haber encontrado la clave de la literatura y de la filosofía americanas en la sensación de haber llegado tarde o,

como el propio Thoreau dijo una vez, en la sensación de que carezcamos de un trasfondo adecuado para la existencia. «¿Qué es nuestro relato?», escribió Thoreau en una de las últimas páginas de *Cape Cod*. Tal vez el relato de nuestro tiempo: la narración de la vuelta a la civilización, un regreso tan arduo como la vuelta a la naturaleza («indio» y «alce» fueron sus últimas palabras; al parecer, estaba pensando en su libro sobre los bosques de Maine). Una revisión, en efecto, de la mitología. Una escritura.

## NOTA BIBLIOGRÁFICA

Los editores de esta antología leyeron a Thoreau por separado hasta 2005. Ese año, la publicación de la traducción de *Walden* (Madrid, Cátedra) y de la biografía *Thoreau* (Madrid, Acuarela), junto con los buenos oficios del profesor Julián Sauquillo, hizo posible que acometieran juntos este proyecto, apadrinado también por Henrik Otterberg. Thoreau leyó en Plutarco que Alejandro llevaba la *Ilíada* consigo a todas partes; salvando las distancias, este libro pretende ser también un vademécum, por lo que se ha primado en él la brevedad y la sencillez. Sólo había tres sillas en la cabaña de Walden...

Respecto a las fuentes, las obras completas de Thoreau se publicaron por primera vez en 1906, editadas por Bradford Torrey y Francis H. Allen para la editorial Houghton Mifflin de Boston. Esa edición incluía catorce volúmenes del *Journal*, el diario de Thoreau, que fueron reimpresos en 1962. La correspondencia fue publicada por Walter Harding y Carl Bode en 1958, aunque esta edición es ahora imposible de encontrar y será pronto sustituida por la de Princeton UP, editada por Robert N. Hudspeth. Una selección de las cartas de Thoreau se encuentra en *Letters to a Spiritual Seeker*, editadas en 2004 por Bradley P. Dean. The Library of America ha publicado en dos volúmenes las grandes obras de Thoreau y los ensayos junto a los poemas (*A Week on the Concord and Merrimack Rivers*, *Walden*, *The Maine Woods*, *Cape Cod*, edición de R. F. Sayre, Nueva York, 1985, y *Collected Essays and Poems*, edición de E. Hall Whiterell, Nueva York, 2001).

En cuanto a la literatura secundaria, tal vez el comentario más profundo que se haya publicado sobre la escritura de Thoreau sea *The Senses of Walden*, de Stanley Cavell (Chicago, University of Chicago Press, 1992). De las numerosas monografías recientes, es recomendable la de David M. Robinson, *Natural Life: Thoreau's Worldly Transcendentalism* (Ithaca, Cornell UP, 2004). Hay dos antologías de Thoreau sobre el arte de escribir: *Thoreau's Comments on the Art of Writing* (edición de Richard Dillman, Lanham, UP of America, 1987) y *Thoreau on Writing* (edición de Eva M. Burkett y Joyce S. Steward, Conway, University of Central Arkansas Press, 1989). En español pueden consultarse *La Constitución americana y el arte de escribir* (Valencia, Universitat de Valencia, 2002), *Emerson transcendens* (Valencia, Universitat de Valencia, 2004) y *Emerson como educador* (Madrid, Verbum, 2007) de Antonio Lastra, y *La ética de la literatura* (Salamanca, Kadmos, 2005) de Javier Alcoriza.

La Universidad de Princeton lleva cuarenta años publicando la edición más completa y fiable de los escritos de Thoreau. Aunque aún no se han completado los treinta volúmenes previstos, lo que obliga en ocasiones a acudir a la edición de 1906 y otras, ésta es la edición de referencia en los estudios thoreauvianos, y la que utilizamos aquí. Cada pasaje de esta selección (cronológicamente ordenada, con excepción del final) está referido por año y página a la bibliografía que sigue, y en los del diario y la correspondencia hemos añadido además la fecha de envío («a los dioses» en el caso del diario). La edición del *Journal* de Princeton publica el texto exactamente como aparece en el manuscrito de Thoreau, conservando todas sus peculiaridades de puntuación y ortografía. En nuestra traducción las hemos adecuado al uso castellano actual y hemos aclarado algunos pasajes mediante notas al pie e interpolaciones entre corchetes.

1847. 'Thomas Carlyle and His Works', en *Early Essays and Miscellanies*, edición de J. J. Moldenhauer, Princeton, Nueva Jersey, Princeton UP, 1975.
1849. *A Week on the Concord and Merrimack Rivers*, edición de C. F. Hovde et al., Princeton, Nueva Jersey, Princeton UP, 1980.
1854. *Walden*, edición de J. L. Shanley, Princeton, Nueva Jersey, Princeton UP, 1971.
1860. 'The Last Days of John Brown', en *Reform Papers*, edición de W. Glick, Princeton, Nueva Jersey, Princeton UP, 1973.
1862. 'Walking', en *The Natural History Essays*, edición de R. Sattelmeyer, Salt Lake City, Peregrine Smith Books, 1980.
1863. 'Life without Principle', en *Reform Papers*, edición de W. Glick, Princeton, Nueva Jersey, Princeton UP, 1973.
1864. *The Maine Woods*, edición de J. J. Moldenhauer, Princeton, Nueva Jersey, Princeton UP, 1972.
1865. *Cape Cod*, edición de J. J. Moldenhauer, Princeton, Nueva Jersey, Princeton UP, 1988.
1906. *The Writings of Henry D. Thoreau*, edición de B. Torrey y F. H. Allen, 20 vols., Boston, Houghton Mifflin. *The Journal of Henry David Thoreau*, edición de W. Harding, 14 vols., Nueva York, Dover Publications, 1962.
1958. *The Correspondence of Henry David Thoreau*, edición de W. Harding y C. Bode, New York, Nueva York UP.
1981. *Journal 1: 1837-1844*, edición de E. H. Witherell et al., Princeton, Nueva Jersey, Princeton UP.
1984. *Journal 2: 1842-1848*, edición de R. Sattelmeyer, Princeton, Nueva Jersey, Princeton UP.
1990. *Journal 3: 1848-1851*, edición de R. Sattelmeyer et al., Princeton, Nueva Jersey, Princeton UP.

1992. *Journal 4: 1851-1852*, edición de L. N. Neufeldt y N. C. Simmons, Princeton, Nueva Jersey, Princeton UP.
1993. *Faith in a Seed: The Dispersion of Seeds and Other Late Natural History Writings*, edición de B. P. Dean, Washington, Island Press.
1997. *Journal 5: 1852-1853*, edición de P. F. O'Connell, Princeton, Nueva Jersey, Princeton UP.
1999. *Wild Fruits*, edición de B. P. Dean, Nueva York, W. W. Norton and Company.
2000. *Journal 6: 1853*, edición de W. Rossi y H. K. Thomas, Princeton, Nueva Jersey, Princeton UP.
2002. *Journal 8: 1854*, edición de S. H. Petruionis, Princeton, Nueva Jersey, Princeton UP.

# ESCRIBIR

¿Y para qué todo este escribir? Contemplar lo que se garrapatea al albur del momento puede producirnos ahora cierta satisfacción, pero mañana, ¡ay!, esta misma noche, ¡ay!, es algo rancio, plano y sin provecho; algo, en fin, de lo que sólo nos queda la concha, como ese rojo caparazón de langosta hervida que te mira abandonado en el camino.

(5 de marzo de 1838, 1906: I: 34)

No deberíamos esforzarnos fríamente en analizar nuestros pensamientos, sino mantener la pluma pareja y paralela a la corriente, lograr una exacta transcripción suya. El impulso es, a la postre, el mejor lingüista y, en cuanto a su lógica, aunque no responda a Aristóteles, no puede dejar de ser la más convincente. Cuanto más nos aproximemos a una completa, pero sencilla transcripción de nuestro pensamiento, más tolerable será la pieza, porque soportamos considerarnos en un estado de pasividad, o en una acción involuntaria, pero rara vez lo soportan nuestros esfuerzos, y menos aún nuestros raros esfuerzos.

(7 de marzo de 1838, 1981: 35)

En cuanto a los temas de redacción, bajo el título de «miscelánea de pensamientos», coloca a una [alumna] junto a una ventana para que anote lo que pasa en la calle, y haz que lo comente, o que mire al fuego, o a una esquina don-

de haya telarañas, y que filosofe, moralice, teorice o lo que sea.

Que escriban sobre las fruslerías con que ocupan sus manos, o en que piensan. Por no hablar de las ventajas o desventajas de esto o lo otro, o lo de más allá. Que pongan sus ideas por escrito en cualquier estación del año, y que conserven la cadena de sus pensamientos tan íntegra como sea posible.

(6 de octubre de 1838, carta a Helen Thoreau, 1958: 29)

El poeta.

Ha de ser algo más que natural, incluso sobrenatural. La naturaleza no hablará a través de él, sino junto a él. La voz del poeta no procede de la niebla de la naturaleza, sino que, tomando su aliento de ella, hará de la naturaleza la expresión de su pensamiento. Cuando lleva un hecho de la naturaleza al espíritu, poetiza. Habla sin referencia de tiempo ni lugar. Su pensamiento es un mundo, el de la naturaleza otro. El poeta es otra naturaleza, el hermano de la naturaleza.

(3 de marzo de 1839, 1981: 69)

Ninguna definición de la poesía es adecuada salvo que sea poesía. El análisis más preciso de la sabiduría más escogida sigue siendo insuficiente, y el poeta demostrará enseguida que es falso, al rechazar sus exigencias. Es, en realidad, todo lo que no sabemos.

(Enero de 1840, 1981:104)